



Polvo tricolor

Edgardo Bermejo

Facultad de Filosofía y Letras

I

El pueblo de El Pozo, enclavado a la mitad de un desierto incomprensible, es uno de esos lugares cuya extraña personalidad consiste en que nunca pasa nada. O casi nada, pues ya tenía un rato que las cosas amenazaban con dejar de ser tan aburridas.

Cuatro años atrás a la población le llegó por fin el aliento esperanzador

de la civilización: una larga y moderna carretera habría de pasar justo en medio de los dos kilómetros cuadrados sobre los que se desparraman las casas del lugar.

La carretera finalmente se construyó, pero de este hecho no se desprendió ningún beneficio claro para el pueblo. Por recomendaciones de alguna oficina de ecología los ingenieros del gobierno prefirieron trazarla "a una prudente distancia de los asentamientos humanos". De manera que tampoco la nueva sirvió para reanimar la vida anodina de los quinientos habitantes de El Pozo.

Ellos, o más bien sus abuelos, fueron empujados desde el extremo norte del país hasta aquella región sureña, por un gringo aventurero que quiso buscar petróleo poco antes de la expropiación del presidente Cárdenas. Los emigrantes aceptaron la oferta de una vida nueva, un salario justo, y treparon al tren.

Cuando la expropiación se produjo el gringo se fue del país, abandonando a su suerte a los pioneros del frustrado paraíso petrolero. Esto explica el nombre del lugar: El Pozo, profundo agujero en el terreno yermo cuyo propósito original fue el de encontrar petróleo.

Diez metros llevaban del pozo cuando el gringo se marchó con todo y maquinaria. Con pico, pala, mecate y cubetas los trabajadores recién llega-



dos lograron excavar otros cinco metros. Jamás se acercarán a los mantos petroleros, pero al menos encontraron agua fresca. Gracias a ella, y a que los malogrados petroleros ya no podían regresar a sus lugares de origen, se fundó el pueblo.

II

Con los años se levantaría un templo y una pequeña escuela. Se mandó traer un cura y una maestra de la capital. Los curas solían durar poco; la maestra en cambio llegó de veinte, ya pasaba de cincuenta, y seguía dando sus clases tan soltera y recatada como desde el primer día de su llegada. Un viejo romance, secreto y apasionado, se le atribuye a la mentora, pero nadie hasta la fecha ha logrado comprobarlo. También se nombró a un comisario que además de servir de juez, jefe de la policía, árbitro de fútbol y tesorero, estaba encargado de rendir cuentas al presidente del municipio al que pertenecían, casi sin saberlo, los habitantes de El Pozo.

Otros dos personajes completan la lista de los principales del pueblo. Don Marcelo, líder del reducido grupo de los ancianos fundadores de El Pozo; y el joven Adán, centro delantero del equipo de fútbol, consumado galán y principal organizador de los bailes que de cuando en cuando se realizan en el pueblo.

Durante su juventud, cuando trabajaba de minero en el norte, don Marcelo participó en una huelga y fue iniciado en la política gracias a un grupo de liberales y anarquistas que organizaron el sindicato en la mina. Desde entonces hacía alarde de su filiación a la masonería y de poseer un rango elevado dentro del grupo. Mentiroso pero honrado, un tanto incomprendido, fiel republicano, inspirado autor de versos patriotas, ateo intransigente, hombre solitario, promotor de torneos de dominó y ajedrez, conciencia crítica de El



Pozo, guía moral de tres generaciones y figura imprescindible en la toma de decisiones dentro de su pueblo, don Marcelo vivía en aquel lugar una suerte de autoexilio que había durado más de medio siglo.

A veces se le sorprendía hablando solo, lanzando discursos encendidos a públicos inexistentes; otras veces se le podía encontrar dando un paseo por el pueblo y memorizando en voz alta lo aprendido en su texto de cabecera: El libro de Efemérides del Calendario más Antiguo de Galván: "15 de julio de 1867: entrada triunfal del presidente Juárez a la capital de la República; 17 de julio de 1894..."

De Adán hay menos que decir, era el único joven en el pueblo que participaba de las principales decisiones. Tenía todo a su favor: juventud, gallardía, pericia futbolera, y sobre todo tenía la única camioneta del pueblo, cuyos servicios de carga y transportación de enfermos eran indispensables para todos.

El Pozo es una de esas islas humanas fieles a su profunda y primigenia soledad. Los pocos que se habían ido a otras tierras en busca de mejor fortuna nunca regresaron. Los que se quedaron,

LA MÁGIA DEL
ANGEL



o los que allí nacieron y allí mismo habrían de morir, no lo hacían por alguna vocación esencial de sacrificio o por un sentimiento inflamado de apego al terruño, simplemente no podían concebir una vida diferente y en un lugar desconocido; como un secreto compartido mantenían la convicción de que en otras partes del mundo la vida no debía transcurrir con la misma precisión con la que se cumplía en su pueblo.

La suya era una renuncia casi fatal al cambio, pero sobre todo al movimiento; esperaban tiempos mejores, pero éstos sólo podrían serlo si ocurrían en el perímetro de tierra seca que albergaba al lugar. Los fundadores, emigrantes por obligación, hombres y mujeres que se atrevieron a recorrer caminos,

enseñaron a sus hijos a valorar la tranquilidad y la certidumbre que otorga una vida sedentaria.

Como cien cabezas de ganado flaco, un poco de maíz que se daba jorobado y pequeñito pero en cantidad suficiente, y algunas baratijas hechas con zacate del llano que de cuando en cuando se vendían en la ciudad más próxima, mantenían en pie al pueblo y a sus alestargados habitantes. Eran bastante miserables, pero tal vez no tan infelices.

No había luz eléctrica, había velas y lámparas de gas; no había teléfono, había una oficina postal que, ante la ausencia de toda comunicación con el exterior, fue abandonada por sus empleados fuereños varios años atrás.

A pesar del silencio y la pesadez inmóvil con la que los días se acumulaban en El Pozo, hacía tiempo que entre la gente corría el runrún de que algo nuevo y diferente pasaría. Sin saber cómo ni por qué, todos en el pueblo andaban más intranquilos que de costumbre, presagiando una noticia que podría cambiar para siempre el curso insípido de sus vidas.

III

Ese día por fin llegó un sábado de finales de abril al término del partido de fútbol. Aquella tarde el señor Gonzalo, comisario de El Pozo, convocó a los notables del pueblo para la junta de emergencia, que en un lugar donde nunca pasa nada significa tanto como provocar un sismo. Hasta la casita comisarial llegaron puntuales el cura, la maestra, el joven Adán, el viejo Marcelo y Pascual, el abarrotero, que se tragó el desaire de no haber sido invitado por el comisario, con tal de asistir a tan inusual cita.

Adentro la junta de los principales y un colado; afuera el resto del pueblo esperando las novedades. Antes de que el sol cayera salió de su casa el señor Gonzalo y al punto dio razón de las noticias:

En su última visita a la cabecera municipal pudo conversar con un alto funcionario del gobierno del estado, un dirigente del PRI y su amigo el Presidente Municipal. Ellos le confiaron una noticia sorprendente: el candidato presidencial del PRI, con su nutrida comitiva, un ejército de periodistas y distinguidas personalidades de la entidad, haría un recorrido por aquella región y muy probablemente visitaría El Pozo.

La primera reacción fue la de una sorpresa muda. Algo extraño sacudió por dentro a los pozeños, como si después de un largo sueño el mundo exterior los despertara con la noticia de su existencia. Es difícil saber si el mutismo ante la información del comisario se debía a la incredulidad que dejan en nuestros oídos las buenas nuevas; o por el contrario, si aquel primer silencio se debía al horror de saberse sorprendidos y violados en su aislamiento secular, en su intimidad provinciana.

La recuperación de los pozeños vino seguida de una andanada de preguntas: ¿Y quién es ese señor? ¿Qué rayos viene a hacer aquí al pueblo? ¿Cómo debemos vestimos ese día? ¿Qué nos va a regalar?

El comisario, hijo mayor de uno de los difuntos fundadores del pueblo, era un buen organizador, un dirigente nato, pero era malo para hablar, por eso le hizo el quite don Marcelo, que imprimía sabor y ritmo a su oratoria, haciendo ver las cosas de otro color cuando así se requería. El anciano explicó que aquel señor era un político muy importante y muy sabio, un hombre de origen humilde que había estudiado en otras partes del mundo, recordó a Juárez, al presidente Cárdenas, habló como todo un liberal del progreso de la patria, de la sabiduría de las leyes y del futuro de la infancia.

A decir verdad, no todos pudieron entender lo que don Gonzalo quiso decir. Algo por lo menos estaba claro: la visita de ese señor candidato era más que una buena noticia, significaba que los días de pobreza y atraso habían terminado para El Pozo. Aquel señor tendría que ser un hombre bondadoso que seguramente colmaría de obsequios a los niños y a los adultos. Su visita, imaginaron, sería algo tan bueno como sacarse la lotería.

El comisario volvió a tomar la palabra explicando las condiciones que le habían puesto sus superiores para

El Pozo era una de esas islas humanas fieles a su profunda y primigenia soledad



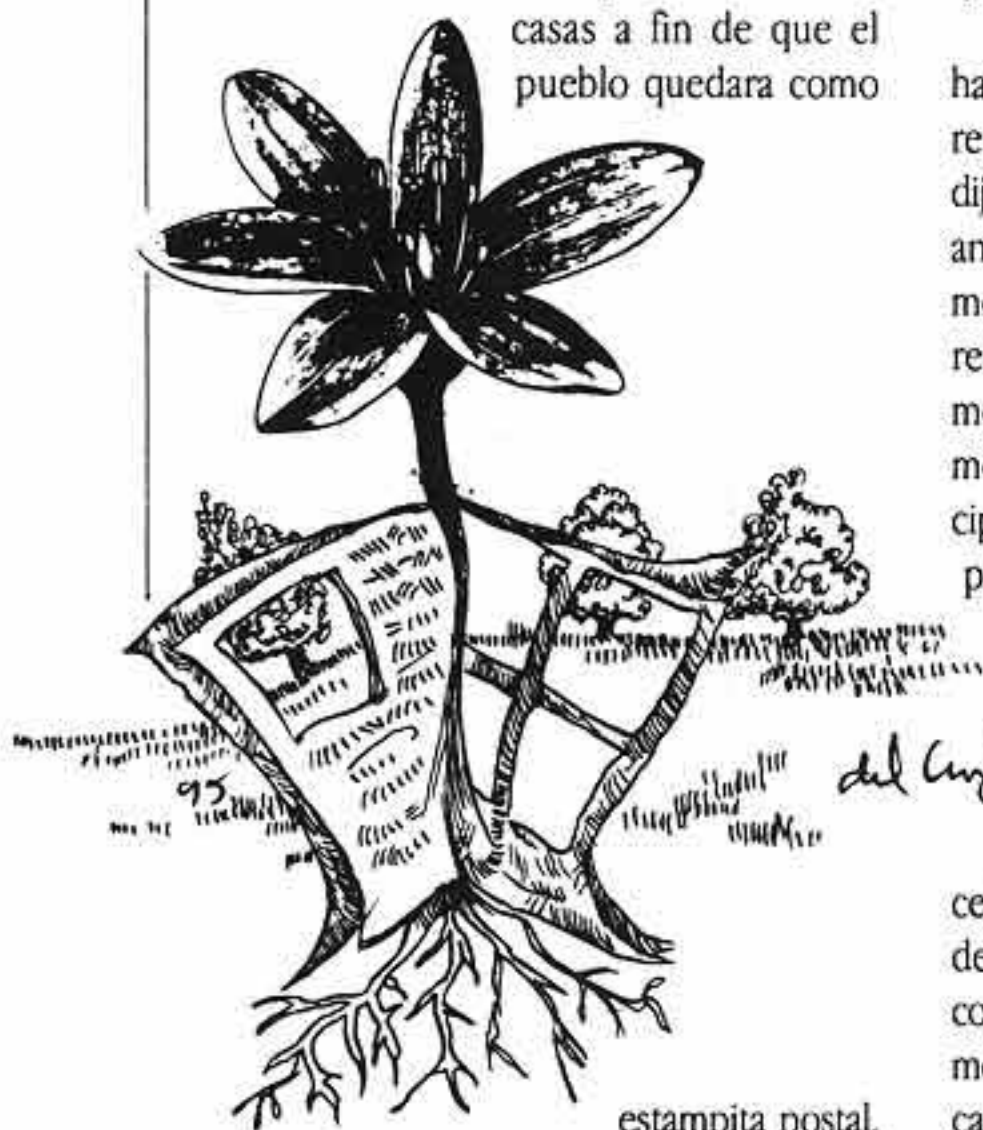
► 17

que el candidato visitara el pueblo. Según le dijeron en el municipio, el candidato quería visitar un lugar con las características de El Pozo: pequeño, pobre y aislado, para hacer desde ahí un pronunciamiento a la nación sobre los retos de la electrificación en el país y su propuesta de apoyo a las comuni-

dades más necesitadas. Por todo esto, le advirtieron al comisario, era necesario hacer algunos arreglos en el pueblo.

En primer lugar tendrían que tapizar las calles de El Pozo con propaganda del PRI y su candidato presidencial. Eso era fácil y ya casi estaba resuelto: el joven Adán prestaría su camioneta para ir a la cabecera municipal y recoger la propaganda, más tarde todos deberían ayudar para su colocación. La siguiente condición estaba más complicada pero era asunto de hacer cuentas para poder resolverla. Se trataba de pintar de blanco todo el pueblo, también deberían empedrar la calle principal, terminar de construir el campanario de la iglesia, arreglar los tejados donde los hubiera, y donde no, tendrían que hacer un es-

fuerzo para disfrazar las casas a fin de que el pueblo quedara como



estampita postal.

Además de su colaboración manual, cada pozeño debería cooperar con cincuenta pesos para las mejorías en el pueblo. Todo esto debería estar listo en menos de treinta días.

El comisario siguió con la lista de las necesidades más apremiantes. Se encargaría al único carpintero del pueblo la construcción de un templete de

diez metros, para que el candidato, el presidente municipal y alguien nativo de El Pozo pronunciaran los discursos. Con los fondos que se tenían para las fiestas del santo patrono de la población se alquilarían sillas, un sonido, una orquesta, una planta generadora de luz, y se mandaría a preparar un banquete digno de la ocasión. Entusiasmado por la noticia, Pascual propuso que se le pagara a un cuetero para ofrecerle al candidato juegos pirotécnicos multicolores. Aceptado.

Se hizo de noche y la gente seguía atenta en los preparativos de la visita del señor Doctor. Entonces una pregunta surgida de entre la multitud sacudió el ánimo de todos y los hizo reflexionar: ¿Y tanto gasto que vamos a tener de qué nos va a servir?

Esa vez tomó la palabra el cura, que había estado muy callado durante la reunión. "Los beneficios son muchos, dijo, piensen ustedes que ese señor que anda en busca de votos, será el próximo presidente del país. Si nosotros lo recibimos como se merece, él seguramente nos ayudará. Ahora lo que tenemos que hacer es una lista de las principales necesidades de la población para que se la entreguemos el día que nos visite".

Se formaron entonces dos comisiones para organizar los pedidos. En la primera estaban el comisario, la maestra y don Marcelo; se ocuparían de los pedidos grandes, los más importantes. De la otra comisión se encargaría el cura, él mismo debería registrar las peticiones que cada quien haría en lo personal.

El domingo temprano comenzaron sus trabajos los tres de la comisión principal. En la casa del comisario se elaboró una lista cargada de peticiones: luz para el pueblo, teléfono —que más tarde borrarían, aceptando que no había nadie con quien hablar en otros lados—, crédito para sembrar frijol, una secundaria con todo y maestros y can-



cha de fútbol, muebles nuevos para la primaria, una biblioteca y, finalmente, la que causó mayor entusiasmo, apoyo para construir una gasolinera en el cruce de la carretera y el pequeño camino de tierra que conducía hasta El Pozo. Si el pueblo nació de una aspiración petrolera jamás cumplida, pensaron, por lo menos ahora se harían ricos vendiendo gasolina.

Todo listo, la tarde de ese mismo día se convocó a todo mundo para darle las buenas nuevas. Al final de la reunión, y ya en plena algarabía, el comisario sacó de su casa una mesa y una silla para que desde ese momento el cura apuntara en una lista las peticiones de todos. Se formó una larga hilera que serpen-

teaba cincuenta metros hasta alcanzar las puertas de la escuela.

"Nombre, edad, deseo", le decía el cura a cada uno de los pozeños que se le iban poniendo enfrente: "yo quiero un marrano y un burro"; "a mí que me traigan una televisión"; "nosotros queremos un tractor —dijo don Aníbal Paz a nombre de toda su familia y de sus tres hermanos—"; "yo me conformo con un tocadiscos —dijo una muchacha de quince años—". Había una anciana sorda que se formó sin haber entendido un gramo de lo que pasaba, por eso cuando llegó con el cura se puso a gritar sus pecados pensando que aquello era una confesión colectiva y pública. Hasta Don Marcelo ya se estaba ani-

mando a pedir algo, pero finalmente se contuvo: jamás le daría a su enemigo el cura el gusto de verlo en calidad de pedinche, mucho menos ahora que el dadivoso sacerdote despachaba a todos los pedigüños dándoles su bendición y pronunciando la frase: "así será si Dios quiere".

Vinieron semanas de intensos trabajos. Cada día se agregaba algo nuevo a los preparativos de la visita. La maestra, por ejemplo, hizo que sus niños se aprendieran una poesía coral que ella misma había escrito, inspirada en la foto del candidato que ya estaba colgada por todas partes del pueblo. Compuso también una canción auxiliada por el cura, que algo de música aprendió en el seminario. Era una pieza sencilla de versos rimados y con ritmo de marcha, hablaba de la fundación de El Pozo y de su futuro glorioso al servicio de la patria. Un día de misa el cura ensayó por primera vez la canción con los jóvenes del pueblo: "entonamos con júbilo ardiente/ saturados de gozo y virtud/ la bella historia de El Pozo/ cantada por su juventud..."

Doña Catalina, la mujer del comisario, convenció a su marido para que destinaran una parte de los fondos del



pueblo en la compra de ropa más decente para ella y los principales organizadores de la recepción. Propuso además vestir a todos los niños del pueblo de inditos y chinas poblanas, para que regalaran al candidato un gran ramo de flores y una paloma blanca.

IV

Faltando diez días para la visita del candidato, las cosas se complicaron. El dinero se había terminado cuando apenas llevaban empedrados veinte metros de la calle principal, y aún no se comenzaban las obras del campanario; además la camioneta de Adán se había descompuesto de tanto cargar el material de las obras y los botes de pintura, la orquesta canceló su contrato, y el carpintero no encontraba suficiente madera para terminar la tarima.

Lleno de angustia, el comisario se fue en bicicleta a la cabecera municipal para pedir instrucciones y, de ser posible, ayuda. No la consiguió, en la alcaldía le dijeron que ahora estaban más vigilados que antes y que la ley prohibía dar dinero para actividades de proselitismo electoral, además ellos mismos ya habían gastado demasiado. Acudió entonces a las puertas de un prestamista usurero, a quien expuso su apuración. Tras reiteradas súplicas y promesas pudo conseguir una buena cantidad.

El candidato quería visitar un lugar pequeño, pobre y aislado para hacer un pronunciamiento a la nación

Por su parte, don Marcelo se preparaba para ofrecer un ciclo de conferencias en la casa comisarial. A lo largo de tres charlas vespertinas expondría a los pozeños las tesis de Andrés Molina Enríquez sobre "Los Grandes Problemas Nacionales", esto con el propósito de que todos estuvieran preparados ante una eventual conversación con el señor candidato.

Se contrató una nueva banda musical, se terminó el empedrado, se mandó arreglar la camioneta de Adán y se le pagó de una vez al cuetero, incluso alcanzó para comprar una máquina de escribir con la que la maestra pasó en limpio las peticiones del pueblo. Finalmente recibieron a varias autoridades del estado que supervisaron los detalles de la organización y dieron su visto bueno. Todo listo faltando cinco días para el gran evento que tendría lugar la tarde del último viernes de mayo.

Todavía el jueves, a pesar del nerviosismo, se dieron tiempo para realizar un ensayo general. Todos estaban avisados para ocupar sus lugares al llamado de cinco campanazos de la iglesia restaurada. Casi a oscuras, porque la planta de luz llegaría hasta el día siguiente, comenzó la función: primero la poesía coral dirigida por la maestra, después el himno del pueblo entonado por el coro de los muchachos de la iglesia y acompañados por el cura en la guitarra, porras al candidato, vivas a su partido, aplausos y silbidos, todos compartiendo el entusiasmo, entonces subió el comisario a la tarima para pasar lista a las principales peticiones que le harían al candidato.

Lo escucharon serenos y con cierta actitud de orgullo, imaginando en silencio los días venideros. Algunos pensaban en las cámaras de televisión recorriendo el pueblo y entrevistando gente, otros se imaginaban saludando al candidato y conversando con él, los más jóvenes ya se veían con uniformes nuevos y jugando fútbol en lo que sería la nueva cancha de pasto. Tocó el turno a don Marcelo, que naturalmente fue elegido para dar el discurso principal.

Ayudado por dos señoritas subió a la tarima, se acomodó los lentes y sacó de la bolsa un fajo de hojas escritas a mano. Comenzó su intervención: habló de la

historia de El Pozo y sus fundadores; más adelante hizo una revisión histórica desde la llegada de los aztecas a su tierra prometida, hasta los días jubilosos de la expropiación petrolera; se detuvo con especial atención a narrar la gesta heroica de los liberales de la Reforma y para ese momento llevaba al habla 42 minutos, contando las veces que se detuvo por haber perdido, en aquella oscuridad, la línea del manuscrito.

Se hizo de noche, poco a poco la gente se fue retirando un poco avergonzada. Al final de su discurso, nadie quedaba en la pequeña plaza del pueblo, sólo la maestra que le aplaudió a rabiar mientras los mocos y las lágrimas se le escurrían de la emoción. Había pasado una hora con siete minutos y 18 segundos entre el inicio de su intervención y el final, que culminó con dos palabras: "he dicho".



La maestra y el anciano recorrieron juntos y en silencio las calles adornadas. Ella pensando que al día siguiente se haría un peinado especial,

y don Marcelo, que debería reducir un poco su discurso.

V

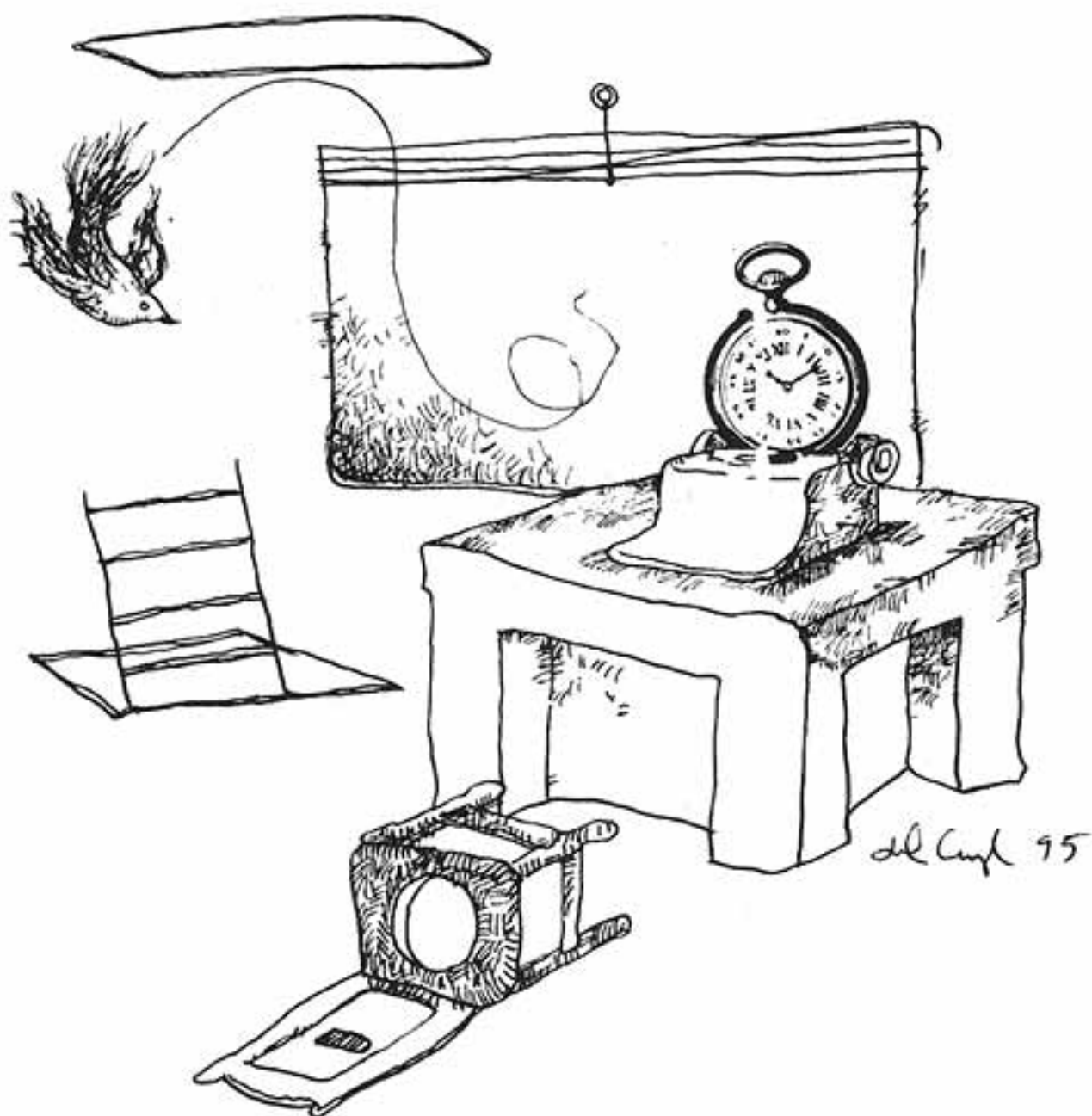
Por fin ha llegado el gran día. Desde muy temprano todos en el pueblo preparan hasta el último detalle. Al filo del mediodía se encuentran reunidos en la casa del comisario los principales del pueblo. El señor Gonzalo les comenta su preocupación porque aún no han llegado las autoridades del municipio ni los priístas de la avanzada del candidato que deberían auxiliarlos en los preparativos finales. "Es asunto de esperar, dice el cura, ya verá cómo no tardan".

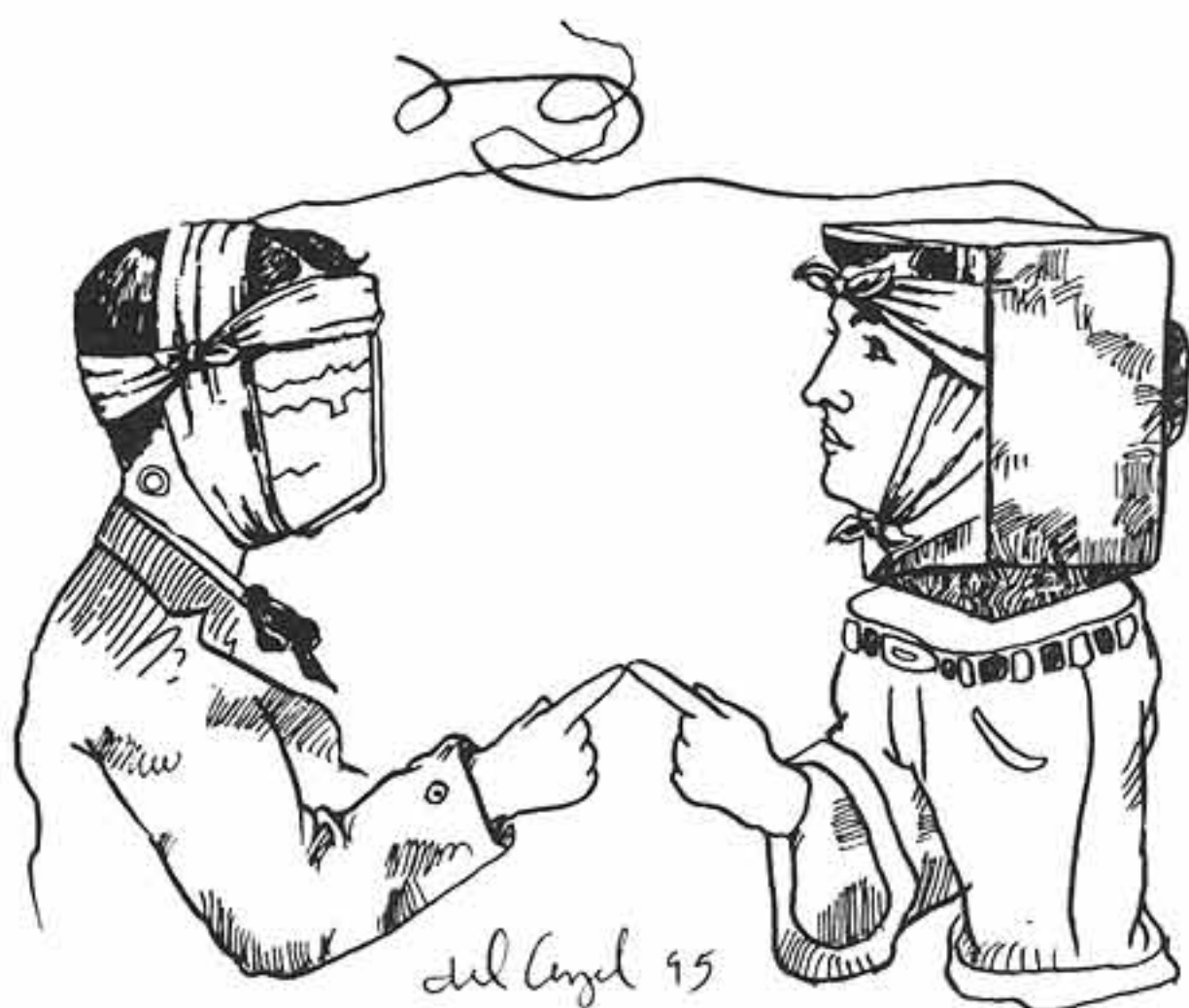
Pero dan las cuatro y nadie que no sea pozeño merodea por el lugar. Ya todos ocupan su sitio, la planta de luz trabajando; la tropa de inditos y chinas poblanas acuartelada en la escuela, preparando una danza regional

que a última hora se le ocurrió a la señora Catalina; las sillas acomodadas; el cuetero con el cerillo en la mano, listo para encender la mecha; los músicos de la banda afinan las trompetas y el trombón, uno de ellos tamborilea sus dedos con impaciencia sobre la panza de la tarola, en medio de un calor que deshidrata.

En eso aparece una camioneta recorriendo a toda prisa la calle recién empedrada, algunos creen que es el candidato, otros auguran malas noticias. El comisario y su gente se apresuran para recibir a los visitantes; la banda de músicos, presa de la confusión y el alboroto, se arranca con la Marcha de Zacatecas.

De la camioneta bajan dos hombres de chamarras de cuero y teléfono celular en la mano. Son los achichincles del presidente municipal y del candidato a senador por el estado. La banda interrumpe la pieza y entonces





se puede escuchar lo que estos hombres le dicen a don Gonzalo:

“Nos van a disculpar, pero resulta que cambiaron los planes, el doctor tuvo una emergencia y sale ahorita mismo para el aeropuerto, su discurso sobre la electrificación lo tuvo que adelantar en el pueblo de Las Cruces. Dentro de media hora el doctor va a pasar por aquí con su comitiva, pero lamentablemente no va a poder entrar al pueblo, de manera que les recomendamos que se apuren todos para salir a la carretera y por lo menos puedan saludarlo cuando cruce por aquí. En la parte de atrás de nuestra camioneta caben algunos, usted dirá don Gonzalo, ¿Quiénes quiere que se vengan con nosotros?”

Como el buen organizador que es, don Gonzalo se repone de inmediato de la impresión y prepara el éxodo masivo rumbo a la carretera. En treinta minutos, piensa, da tiempo para que los carros den dos vueltas, ordena a gritos que la banda y el cuetero con algunas de sus piezas se trepen a la camioneta de los achichincles. Adán, que se puso pálido de la impresión, recibe órdenes para que en el primer viaje se lleve a los

chamacos y en el segundo recoja al comisario, al cura, a la maestra y todos los demás que quepan. Pero entonces se dan cuenta que ya no es necesario dar más vueltas: todo el pueblo en estampida ha salido corriendo, o en bicicletas, o a caballo, con rumbo a la carretera.

En el camino van quedando regadas las flores, los zapatos recién boleados, las pancartas de apoyo al candidato. Minutos después se puede ver a la turba que se desplaza en desorden y levantando una tolvenera en su afán por alcanzar al futuro presidente.

Don Marcelo, que no se ha enterado de nada por estar encerrado afinando y reduciendo su discurso, oye que tocan a su puerta y sale a abrir pensando que el gran momento ha llegado. Con la cara estirada de los que tienen que anunciar una desgracia, Sebastián, el portero del equipo de futbol, avisa al anciano de lo sucedido y de inmediato lo sienta en el trasero de su bicicleta para salir disparados rumbo a la carretera. “¡Espera Sebastián! ¡Que dejé mis lentes sobre la mesa y así no podré decir el discurso! “¡Ya no hay tiempo don Marcelo —le dice Sebastián mientras pedalea de manera compulsiva—,

se nos va a ir el candidato!" El viejo se aferra a la cintura del muchacho, y se reconforta pensando que algo emotivo podrá improvisar para el discurso.

Sebastián va esquivando como puede las piedras que se le cruzan en el camino, pero eso no evita que don Marcelo se queje a cada tropicón que da la bicicleta. Finalmente, al ir bajando la última loma, se puede ver a lo lejos el filón negro de la carretera. Al parecer el candidato no ha pasado. En la espera ya todos han tomado su lugar, los niños y los músicos hasta adelante, el cuetero a prudente distancia, los pozeños esparcidos a ambos lados del camino y el comisario en el centro del tumulto con la hoja de las peticiones en la mano.

Sebastián gime de angustia cuando advierte que ya se asoma a la distancia la caravana de autos donde seguramente viaja el candidato; redobla el pedaleo, pero se da cuenta que no llegará a tiempo. Entonces frena su bicicleta, bajando a pie él solo, y se dispone a ver la escena junto con don Marcelo, que aún no logra entender qué está pasando.

Abajo ya todos están en pleno alboroto. Cincuenta metros antes de que cruce el primer auto, la maestra da la señal indicada para que los niños reciten a coro la poesía aprendida;

las pocas flores y pancartas que llegaron a la carretera se agitan en el aire; con forma festiva el cuetero prende dos misiles escupidores, uno saca mucho ruido y finalmente explota en las alturas, el otro se ceba sin haberse despegado del piso; la banda toca a todo pulmón unas fanfarrias.

Porras, gritos, aplausos, pero ninguno de los autos se detiene. Un autobús que viaja en medio de la caravana

desacelera el paso y entonces se puede ver que por una de las ventanillas se asoma la mano saludadora del candidato. El comisario avanza unos metros hacia el camión, pero éste no detiene su marcha y en unos cuantos segundos se aleja implacable del improvisado mitin carretero. De la caravana sólo queda la nube de polvo que levantó su paso: "polvo tricolor", escribió esa misma noche el anciano poeta del pueblo. Minutos después todo es silencio, consternación pura, nadie se mira a los ojos. Sin decir palabra, apenados, todos regresan como pueden. "Ya será otra vez", le dice el cura a la maestra que llora desconsolada y con el peinado especial hecho una ruina, "ya será otra vez".

De regreso al pueblo la gente busca las cajas de licor antes de aceptar algo de comer. Finalmente aprovecha la luz alquilada, la banda de música y los cuetes. Casi en silencio, completamente borrachos, hombres y mujeres continúan la fiesta hasta el amanecer.

VI

Una semana después, retirada la propaganda, el pueblo ha regresado a su vida normal. El Pozo ha vuelto a ser El Pozo a no ser por un detalle: frente a la casa del comisario la gente se encuentra formada y todos llevan algo distinto en las manos. Se trata de una recolecta para pagar la deuda contraída con el usurero.

Hasta la casa de don Gonzalo han llegado todos los pozeños que pueden ofrecer algo: un cochino, ropa vieja, algún dinero guardado. El cura ofreció un copón de plata que nunca había utilizado, don Marcelo sólo pudo donar una vieja cafetera que no usa desde que enviudó. No importa, a decir del comisario pronto reunirán el completo para saldar la deuda y asunto olvidado ☉

